

## GRACIAN, EL ESTILO Y LA OBRA

*Al P. Miguel Batllori, con mi  
admiración y agradecimiento.*

**G**RACIAN es un producto de los exquisitos frutos de última cultura en una generación. Adquisiciones filtradas a través de un momento áureo de cultura. Uno de esos riquísimos momentos de última madurez —al borde de la descomposición— que parecen concentrar todas las experiencias de una nación llegada —y pasada— a su mayor grandeza en donde convergen todos los caminos. Estamos en un otoño que se extingue gloriosamente.

*Señor, es tiempo. Enorme fué el verano.  
Pon ya sobre el reloj de sol tu sombra  
y deja suelto el viento en las llanuras.  
Manda a los frutos últimos henchirse,  
dales dos días más de sur caliente,  
a plenitud empújales, y mete  
el último dulzor en vino recio... (1).*

Después será ya el invierno. Pero todavía hay un zumo que guardar muchas mañanas veraniegas.

Figura atrayente y digna de consideración la de Gracián al que hay que insertar en el plausible linaje de los preocupados. Gracián es una

---

(1) RAINER MARÍA RILKE. *Día de Otoño*. Traducción de José M. Valverde. *Cincuenta poesías*. Agora, Madrid, 1957.



punta de cordillera aún en la estatura literaria de su siglo. Más: está sobre su siglo, no porque lo trascienda y supere —su genialidad no llega a tanto, bien que esta genialidad sea de poquísimos— sino porque lo potencia hasta el máximo. Esto es la evidencia misma desde la temática y las fuentes hasta el estilo.

Gracián aprovecha el estilo vigente en su época, resultado además de experiencias estilísticas anteriores (¡tantas cosas operan en el subsuelo de nuestra cultura!), y él es uno de los que potencian más las posibilidades de ese estilo de época. Más que crear estilos, ha escrito Montesinos, los hombres de letras del XVII fueron grandes acopladores y combinadores de formas y estilos. Suelen llamar barrocas obras que, lejos de representar una nueva ley rectora de los elementos del estilo, no suponen en realidad sino un sincretismo temático o estilístico. Difícil sería encontrar mejor ejemplo de lo que ese sincretismo—maridaje y desvirtuación—significa, que Gracián. En su obra se acoplan las cosas más dispares, las ricas minas del humanismo europeo son abundantemente explotadas por el ingenioso jesuíta (2). Esas palabras maridaje y desvirtuación indican claramente la continuidad y rotura con el mundo anterior, espejismo que todavía seduce a muchos.

Hay un creciente y consciente progreso estilístico y humano en la obra total de Gracián. «De la brevedad un poco forzada y torpemente lograda a veces del Héroe a la dúctil matización del Discreto a la rica y precisa estilización del Criticón» (3).

Prosa tensa, apretada y sintética la suya, desprovista de elementos accesorios. Las frases deslindadas y esenciales, sin claroscuros, ni elementos equilibradores en el primer Gracián—como en Quevedo—son demasiado para la respiración normal del lector. Ya entonces las anécdotas intercaladas hacían sospechar —y *El Criticón* lo prueba, aún en el ahorro sintáctico de Gracián— lo que éste era capaz de dar de sí. Gracián está por la contención, voluntad de represión frente a la incontenible verborrea.

Rutilante estilo que él repuja y perfecciona, es decir, precisa. Los vocablos afilan sus acepciones para que salgan los sentidos duales. El vocablo muchas veces es meramente designativo, pero otras muchas lo tomamos en toda su acepción valorativa. La palabra, debido precisamente a su

(2) MONTESINOS. *Gracián o la picaresca pura*. Cruz y Raya, 15 julio 1933, págs. 54-55.

(3) VALBUENA PRAT, ANGEL *Historia de la literatura española*, 4 ed., vol. II, pág. 659. Gustavo Gili. Barcelona, 1953.



pobreza ante el mundo vital, arrastra una pluralencia que lleva infuso un sentido de valoración y artificio que Gracián explicita con toda la potencia de la plural vigencia de la palabra. De ahí esas segundas y terceras potencias de significación que la palabra toma en Gracián. Por lo demás el estilo en Gracián no es nunca transvasación inmediata y vital, sino elaboración conceptual y expresiva: estilo de pensar más que de escribir.

La palabra, la dicción, el sabio retorcimiento de la sintaxis se usan en vistas a efectos de expresión y de agudeza, (¡siempre la meta). Y los obtiene.

Pero también en el galope pierde a veces la rienda. El idioma es un caballo demasiado domado, no ostenta la gracia natural arreglada, se amana en posturas que deslucen su innegable nobleza. La fuerza epigramática de la sentencia adquiere formas firmes, elásticas, algo osificadas a las veces, pero modeladas otras en forma realmente exquisita. Pero a veces se despeña refinado y virtuosista en asociaciones pueriles de sonidos y palabras (a los que no sabe escapar, cuantas veces ocurre por ejemplo el juego de errar, herrar, yerro-hierro otras tantas cansadamente Gracián repite el truco sin saber esquivar la tentación). De ahí las simlicadencias, paranomasias, zeugmas, —palabras un poco respetables pero que indican bien lo que se quiere decir— que llegan a lo infantil.

Gracián es complejo —lo lleva su siglo—. El estilo trabajado y elaborado con vistas a su riqueza expresiva, con agudeza, cifra y primor tiene a las veces un fondo de resonancias de lo popular que ha de venir de lo más remoto de su espíritu.

Conciso y superlacónico cuando quiere (nadie más lejos que él de la artificial inflación de temas, ideas, imágenes o palabras), sabe combinar este estilo lapidario, de prosa cortada con otros matices de período. Siempre en la línea de un quintaesencismo que es ambición de brevedad y concisión. Delicia entonces, piensa Gracián, del lector entendido, al que se dirige. En el autor más recóndito el lenguaje va movido por la aspiración de claridad. En el estilo de Gracián hay algo declarado y patente que actúa como insinuación y sugestión de algo latente. Gracián cifra para que se descifre. «Siempre dañó más lo más que lo menos».

Estilo además de un pensamiento que hurga los recodos todos de la existencia. Hay un aspecto de simple diversión mental o verbal que en su profunda realidad es una terrible lucha por la expresión.



Concentración de pensamiento y felicidad de expresión que llevan casi siempre a un alto nivel de calidad. Dominio y perfecto ejercicio de la agilidad, la ligereza y la sorpresa mental, en elegancia expresiva. Gracián es una espléndida plenitud de estilo e idioma.

Y lo mismo sucede con las obras. Aparentemente tan en la línea del Renacimiento y tan disconformes con él en la realidad. Así su estética, la *Agudeza*, compendio de toda la mentalidad barroca, aunque acentuando lo conceptual sobre lo metafórico. Separándose definitivamente del Renacimiento proclama la agudeza, el ingenio, el concepto como máximo valor estético (4). Y frente a la imitación aristotélica propugna la invención.

Moldearse sobre ciertas figuras ideales de la humanidad había sido un bello ideal cuyas brasas —pero con signo cambiadísimo— vuelve a iluminar a fuerza de ingenio y en tono menor Gracián. El hecho de que no realizase todo su plan ¿se debe a que otras obras se metieron por medio o a que el propio Gracián ha perdido la fe en estos manuales educativos y se centra en la crítica?

Los afluentes caudales anteriores desembocan en el gran estuario del *Criticón*—libro sutil e incitante—dos bellas cualidades.

La historia que Gracián intenta describir no es el espectáculo suscitador de curiosidad y digno de ejemplificarse, sino lo que subyace y envuelve al hombre. Porque lo vigente no le satisface, frente a ello despliega una invención crítica. Y ese encaramiento con la realidad, ese perforar la piel exterior para lograr la secreta auscultación, le lleva a demostrar la inanidad de todo lo que le rodea. Como ese aspecto, interior y de auténtica realidad, escapa todavía a la mirada del hombre vulgar engañado por la apariencia, estos hombres del barroco terminal —Quevedo y Gracián sobre todo—, deforman con alusión grotesca lo real que muestra así su verdadero interior. Cosmos de formas a la vez fijas y flotantes, espectrales, aterrorizantes y cómicas al mismo tiempo. Humor expresionista y existencialista. Mundo no diabólico sino diablesco que lo empareja intencionalmente, con técnica literaria diversa, a la plástica de las creaciones del Bosco: «¡Oh qué bien pintaba el Bosco, ahora entiendo su capricho!; cosas veréis increíbles... *no hallaréis cosa con cosa* (5) y

(4) BATLLOHI, MIGUEL. *Tres momentos de la estética española*. Acti del III congreso internazionale di Estética. Venezia, 3-5 noviembre 1956.

(5) Sobre la frase *cosa con cosa*, conf. Maldonado. *Cinco Salvaciones*. Revista de Occidente. Madrid, 1953.



a un mundo que no tiene pies ni cabeza, de merced se le da el descabezado» (6).

El énfasis barroco —hiperbolizar es propio del centrífugo barroco— halla en estos temas buena presa. Recogerse dentro de sí mismo, pasar revista a sus ideas sobre el mundo y forjar como resultado un plan estratégico. Gracián parece reaccionar contra las nociones que ciegan deplorablemente para no percibir la condición del hombre y del mundo. El barroco recorrido de Critilo y Andrenio permite a Gracián trazar una visión dura y satírica de la vida humana con intención sobre todo ética. (Toda la obra de Gracián por especulativa y racional que parezca es más obra de un moralista que de un metafísico puro) (7). Duplicar la mirada del lector para que pueda contemplar el mundo desde un ángulo nuevo. Andrenio significa el hombre ingenuo, representa un motivo adánico, desde su perspectiva —optimismo juvenil, hombre que va— puede todo parecer bello, pero no a la de Critilo —escéptica madurez, hombre que vuelve— que conoce ya los engaños del mundo. La doble mirada quiere penetrar la corteza visible de la situación histórica para sorprender la intimidad, la realidad verdadera. El mundo es aquí un juego de doble visión con su haz y su envés. Sin concordia posible. Por eso lo que se queda retratado es la permanente pugna en que la especie humana—Critilo + Andrenio— se debate. Es la novela del riesgo de vivir que va anejo al hombre que ha de mantenerse entre tantos precipicios y guardar el equilibrio. Hay que tratar de no engañarse a sí mismo y para no caer en la emboscada notar la inautenticidad, ver la trampa. Enseña el tránsito alertado, que diría Laín, para el vivir cotidiano del mundo. Visión escéptica un poco desolada y dura de la vida que algunos se empeñan en hacer, anticristiana o al menos marginal a toda idea cristiana y que Jansen interpreta como una *sicología del desemascaramiento*, —trampas, tramoyas, disfraces, máscaras, trucos mentiras— cuando no una *posibilidad superior de soportar la vida* (8). La amargura decepcionante de Gracián no es desesperada ni desgarrada, hace fondear consoladoramente en algo activo y positivo.

El tema del desengaño —tal vez sería mejor decir el del engaño— es

---

(6) Vid. *El Bosco en la literatura española*. XAVIER DE SALAS, discurso del 30 de mayo de 1943 en la Real Academia de Buenas Letras. Barcelona.

(7) BATLLORI, MIGUEL. *Gracián y el Barroco*. Edizioni di Storia e Letteratura. Roma, 1958, pág. 42.

(8) Vid. DÍAZ PLAJA, G. *Una introducción a Gracián*, pág. 144 en «El estilo de San Ignacio y otras páginas». Barcelona. Noguer, 1956.



consustancial al barroco como consecuencia última y distante del Renacimiento. El yo barroco hunde sus raíces y se afirma en el desengaño, que obliga a alertarse sobre el presente. Tal es el sentido ético inmanente que el autor quiere comunicarnos por alegorías. «Es el cambio constante, la fluidez y alternabilidad sin límites una de las presentaciones del barroco en sus formas europeas... El arte descriptivo de Quevedo tan ferozmente cambiante, en esa catarata de transformaciones que hace protericas a todas sus criaturas, constituye una de las más geniales expresiones del barroco español. Pero donde esa teoría del cambio llega a los más exarcebados extremos es en Gracián. Toda su estética literaria radica en *la oposición del ser de la apariencia*, y en sus trueques monstruosos se va revelando su auténtica realidad. Todo es paso y contraste. Es un mundo jánico como rostros doblados y evidencias encubiertas por sus antagónicos. El tránsito es aquí la sustancia misma de la verdad y de su expresión plástica» (9). (Y notemos de paso que el XVII español es rico en estilizadores. Las apariencias del mundo sufren una transformación y deformación con un patrón estético moral o intelectual según los casos, con idéntico desvío hacia la técnica del realismo, que tan gloriosamente prolifera en estas mismas fechas).

La sátira de Gracián abundante en inquisiciones psicológicas y pródiga, caudalosa en figuras, imágenes y apariencias de vida, si gasta algunos tiros en piezas de poco valor, apunta y conquista piezas más altas y decisivas —estupidez, hipocresía, vanidad—. La verdadera tragedia de los hombres aparece en la obra de Gracián, que se lanza con audacia sobre los temas más terriblemente concretos y humanos; además se encuentran en él soberbias acotaciones del gran teatro del mundo. Y en ocasiones su sarcasmo contra lo inveterado y tópico corroe ácidamente hasta dejar mondo y lirondo el secreto engañoso.

Pocos como él han visto la aguda incongruencia de la conducta humana que el autor a su pesar hubo de vivir experimentalmente.

Era demasiado programa de vida: «Y mire desde la talanquera de su cordura los toros de la necesidad ajena» (*Discreto*, XIV). A veces los toros saltan la barrera y es necesario escapar o enfrentarse, otras el frío espectador se ve de repente sin saber cómo en el centro del ruedo obligado a la

---

(9) CAMÓN AZNAR, J. *El tiempo en el arte*. Madrid. Sociedad de Estudios y Publicaciones 1958. *El tiempo en el Barroco. El gran teatro del mundo*, págs. 200-201.



terrible pelea con la necesidad. Dura y difícilísima batalla de la que difícilmente se sale ileso.

«La arriesgada peregrinación de la vida humana», «el vario viaje de la vida» obligan a una profunda seriedad de preocupación que se disimula entre burlas y esquivadas ingeniosas. Atmósfera de trágica fantochada que retuerce las figuras, contorsiona las actitudes, engrosa las muecas, y superando el suceso, el acaecimiento dramático individual, quiere expresar el dramatismo esencial y genérico.

Tal es la magna lección de este nuevo Dante —levemente transido de desprecio— que a través de los tres reinos de la edad y por circunstancias implicadas y complicadas alcanza la inmortalidad.

